



Carlos Rincón junto a Gerda Schatttenberg-Rincón

## JULIÁN SERNA ARANGO

Universidad  
Tecnológica de Pereira

# CARLOS RINCÓN, IRREDUCTIBLE A LAS TAXONOMÍAS

En Carlos Rincón se integraban múltiples facetas, como eran la del intelectual, el profesor, el investigador sin olvidarnos del maestro y del amigo. Bastaba escucharlo una vez para advertir en él un intelectual riguroso, al tanto de cuanto ocurría en el mundo del arte y las humanidades, la literatura y los estudios culturales, pero también en el de la política; no había asunto novedoso en esos campos en el cual no se interesara, hasta forjarse una opinión no menos aplicada que sagaz; cuando se daba la ocasión, nos compartía sus conclusiones, y en las que no sólo abundaba en datos, sino que, además, era particularmente reflexivo, incisivo, mordaz, de suerte que era fuente de actualización para quienes teníamos el privilegio de frecuentarlo. El ilustre profesor de la Freie Universität de Berlín, desde donde estuvo en contacto con algunos de los más ilustres exponentes del pensamiento, las letras y las artes en el ámbito internacional, era un académico trasversal, como debe ser; él sabía que el hombre no es menos diverso y disperso que el mundo, y que las taxonomías sacralizadas de generación en generación por la academia, en la que severos agelastos oficiaban su liturgia de tinieblas, no eran otra cosa que prótesis didácticas. Así disertara sobre Borges o los íconos nacionales, acerca de los últimos acontecimientos políticos en Centroamérica o la globalización, la filosofía y la historia enriquecían sus cavilaciones como si de un eje de coordenadas se tratara, y así lo referían sus estudiantes de posgrado en los seminarios a su cargo, en diversas universidades en América y Europa. Carlos Rincón era un investigador por excelencia; en extremo cuidadoso en sus fuentes, no menos que obstinado en sus pesquisas, solía ver preguntas donde los demás veíamos respuestas; nunca era suficiente, nunca era demasiado, cuando de profundizar en algún problema se trataba; se ocupaba de

cuestiones que, sin lugar a dudas, trascendían la ortodoxia; no obstante, las enriquecía con su trabajo metódico y su ingenio a prueba de prejuicios, hasta convertirlas en otros tantos objetos de estudio. De sus andanzas en las bibliotecas de medio mundo, de sus laboriosas exégesis y sus atinados hallazgos, dan cuenta un par de docenas de libros y medio centenar de artículos en revistas especializadas. Algunos de sus atributos como interlocutor eran realmente inolvidables. Maestro de la sutileza, se superponían, en sus diálogos, diversos estratos de comprensión; artista de la ironía, sugería más de lo dicho, no dejando de suscitar en el interlocutor perplejidad o asombro; se sabía, en fin, que el sentido de sus palabras no se agotaba en su significado. Carlos, por último, lo podemos atestiguar, era un buen amigo de sus amigos, a quienes no dejaba de proponer tareas colectivas de corto o largo aliento con su proverbial generosidad y las que invariablemente llevaba a feliz término. Inagotable en sus retos, en el último año de su periplo vital no le faltaron proyectos; dejó unos iniciados y otros apenas esbozados, y habrían habido más, no nos cabe la menor duda, de no ser porque en la noche de Navidad del 2018 un mal injustificado, para utilizar la fórmula condensada de la tragedia griega, interrumpió su vida, y puso, a la brava, punto final a su obra; si bien inconclusa como la de todos aquellos autores que no han sido bloqueados por su propio prestigio, no por ello menos copiosa y digna de admiración; oportuno es abordarla; por esa mezcla de sapiencia y perspicacia que caracteriza su escritura, el lector no lo hará impunemente como se puede concluir. **U**

Julían Serma conversa con Arturo Guerrero

